

# “A donde fueres . . .”

---

---

---

**E**l Rito Romano—o el Rito Latino—de la Iglesia Católica es el rito litúrgico de uso más propagado en la Iglesia Católica del mundo occidental. En ese rito piensa la mayoría de la gente cuando habla de la “Eucaristía” o “la Misa”. De hecho, la mayoría de los lectores de este boletín quizá son Católicos *Romanos*. Su sede es la Diócesis de Roma: en sentido estricto, ese es el rito seguido por los Católicos de Roma. El resto de nosotros, que estamos fuera de los límites de esa diócesis y sus sedes suburbanas, lo hemos adoptado como nuestra norma de veneración ritual.

Por estar tan propagado y por tener libros y normas de práctica oficiales, solemos pensar que los rituales de la Iglesia Romana o Latina se realizan universalmente más o menos de la misma manera. Por supuesto, quienes han tenido la oportunidad de viajar saben que ese no es el caso. Obviamente, el lenguaje del rito y la música cambian de un país a otro. Los colores litúrgicos también pueden variar, lo mismo que la decoración de la iglesia y las formas de participación.

Todos estaríamos dispuestos a aceptar que ese ha sido ciertamente el caso desde las reformas ulteriores al Concilio Vaticano Segundo, pero olvidamos que bajo esas modificaciones hay una historia de cambio en el Rito Romano. La forma más antigua de la Eucaristía practicada en Roma surgió de las prácticas de las comunidades cristianas más antiguas del Oriente, la cuna de la Cristiandad. A finales del siglo IV, había diferencias en la forma en que se practicaba la liturgia en Roma y en la capital del Imperio en ese entonces, Milán, cuyo obispo era San Ambrosio. Cuando San Agustín llegó a Milán, notó que había una práctica de ayuno diferente de la que había experimentado en Roma. Le preguntó a Ambrosio al respecto y el obispo respondió: cuando estoy en Roma, ayuno el sábado; cuando estoy en Milán, no lo hago. *Siga la costumbre de la Iglesia donde esté*”.

Este consejo se dio en una época en que comenzaba a cambiar lo que la gente conocía como el Rito Romano. Al llegar el siglo VI, bajo la influencia de la forma de culto de los Cristianos de Antioquía y Alejandría, aun el corazón de la Eucaristía—la Oración Eucarística—había tenido un notable cambio. En el siglo VII (y por mucho tiempo después), la liturgia de la Iglesia de Roma fue objeto de cambios de texto, música y ritual bajo la influencia de la Iglesia en Galia (a donde se desplazaba el centro del poder político en Europa Occidental).

La música del Rito Romano tiene su propia historia de cambio. En Europa, el canto monofónico dio lugar al cántico polifónico, y la música vocal sin instrumentos se vio enriquecida al agregarse órganos y otros instrumentos.

En otros países, se incorporaron instrumentos locales a la liturgia Católica, incluso los instrumentos de los pueblos indígenas de las Américas y los batintines y tambores de las naciones orientales.

Aun con el cambio continuo, la gente reconocía la estructura básica de la Misa. A pesar de los intentos postconciliares (en este caso, “postconciliares” significa “después del Concilio de Trento”) hechos por frenar esta variedad, el Rito Romano retuvo gran parte de su diversidad dentro de una unidad esencial. Hay un dicho, atribuido a varios autores (en particular a los escritores de la Reforma Europea), citado afirmativamente por el Papa Juan XXIII en su primera encíclica: “En las cosas necesarias, unidad; en las dudosas, libertad; en todas, caridad” (*Ad Petri Cathedram* [29 de junio de 1959], 72). Esa es la meta de las celebraciones del Rito Romano en todo el mundo.

Por eso, cuando se habla de “liturgia cantada” y se piensa en ella, se observará que la gente le asigna diferentes significados, pero todos trabajan por alcanzar la misma meta. En la obra titulada *Cantemos al Señor: La música en el culto divino* (STL, 2007, versión en inglés), la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos señaló dos razones principales por las cuáles la “liturgia cantada” puede significar diferentes cosas en comunidades distintas y aun diferentes cosas dentro de la misma comunidad, de vez en cuando. La primera es la diversidad de asambleas litúrgicas: “la edad, la herencia espiritual y los antecedentes culturales y étnicos de una asamblea litúrgica dada se deben considerar como factores [que influyen] en las formas en que un grupo particular determina que es mejor unir su corazón y su mente a la acción litúrgica” (STL, 70, versión en inglés).

La liturgia cantada varía de la solemnidad a la fiesta, de una temporada a otra. Las decisiones sobre lo que se debe cantar y cómo se canta se rigen por el principio de “solemnidad progresiva”. Eso significa que “entre la forma solemne más plena de celebración litúrgica, en la cual todo lo que exige canto, de hecho, se canta, y la forma más sencilla, en la cual no hay canto, puede haber varios grados según la importancia mayor o menor asignada al canto” (STL, 111, versión en inglés; cita de la *Instrucción general sobre la liturgia de las horas*).

De manera que, como en otras partes de nuestra vida en común como Cristianos Católicos, cuando se trata del culto cantado, necesitamos observar tres principios: en las cosas necesarias (la importancia del culto cantado), unidad; en las dudosas (la variedad y el estilo de música para comunidades y ocasiones particulares), libertad; y en todas, caridad.